

**ESTAS SON NUESTRAS ARMAS**  
**(Carta de Ret Marut a Agustín García Calvo,**  
**año de nuestro señor 1969)**

¿Sabes, Agustín? Me han llegado últimamente noticias tuyas, qué extrañas son las cosas, cómo vuelan los acontecimientos. Noticias tuyas, de tus actividades en Madrid y en París, y que me han llegado hasta aquí, hasta México, hasta el lecho en que reposo. ¿Puedes creerlo, Agustín? Qué cosas, vivir para ver. Noticias, incluso, de una Comuna Antinacionalista que ha empezado a ponerse en marcha de alguna manera, en algún plano alternativo de la realidad, en algún lugar recóndito y seguramente fabuloso llamado Zamora. He leído con gran placer un textito anónimo llamado “De los modos de integración del pronunciamiento estudiantil”, del que me informan que algo has tenido que ver en su redacción, y en el que noto ya un curioso estilo en el que empiezo a reconocerte, y, por qué no decirlo, a reconocermes, a reconocernos. A reconocerte, a reconocernos, y al mismo tiempo y lo que resulta más curioso, a desconocernos, a desconocernos a ti y a mí y a desconocer todo lo demás. Oh, qué hermoso, el mundo enteramente desconocido, sin nombre, pero al mismo tiempo completamente “vivo y palpable”. Oh, qué placer, el del descubrimiento y el desconocimiento simultáneos.

Pero vuelvo al escrito sobre la rebelión estudiantil, que me pierdo, y lo que quería decirte es esto: que raramente he leído un texto tan profundo sobre la fuerza de los estudiantes. Esa misma fuerza que vimos aquí manifestarse en México el año pasado, y que parece que en Madrid ya se manifestó a su manera incluso un poco antes. Pero una fuerza que viene, precisamente, de la debilidad, de la fragilidad y la vulnerabilidad de una condición; y de la herida que los estudiantes supieron infringir en la realidad no a pesar, sino gracias a esa debilidad; esa herida que, como dices, ilumina, hace ver. Una fuerza que viene del hecho de que ser estudiante no es ser, no es ser nada concreto, solo vivir en una especie de estado en transición, un estado entre otros estados, que no es un estado en realidad, sino lo que podríamos llamar con

pedantería filosofante “devenir”, y con timidez popular “vida”. Como si ser estudiante no fuera tanto ser como buscar, no saber lo que se es, no saber de lo que se vive, o incluso vivir del cuento. En el ser estudiante se disuelve un poco la realidad. La fuerza de los estudiantes es la fuerza de los débiles, esa fuerza que procede del no saber, y que coincide con la virtud de la impotencia. La fuerza de la luz que medra en la noche, que hace la sombra más espesa, y más durable acaso, como glosas en tus Sonetos teológicos o teologales. Como decía un poeta alemán, es la misma débil fuerza de un embrión dentro de una muchacha que quisiera ocultarlo y aprieta las caderas, para ahogar el primer aliento de su embarazo. O como el deseo de salir al mundo que alberga un preso, condenado a cadena perpetua, en su celda.

Ah, vuelvo a divagar, Agustín, me vuelvo senil ya con los años, es inevitable, pero seguro que sabes a qué me refiero y sabrás perdonarme. De eso precisamente quería hablarte en esta carta, de la fuerza que procede de la debilidad, de esas armas cuyo único propósito es desarmar al enemigo. *Las armas que desarman*: esas son nuestras armas. ¿Cómo forjar armas que desarmen? Tal vez esa sea la pregunta, la única pregunta que nos pueda importar a ti y a mí, aquí y ahora. En cualquier caso, sabemos lo que no hacer. Tú siempre lo repetías, y una y otra vez: ¿cómo va a desmantelarse la casa del amo con las mismas herramientas que sirvieron a su construcción? ¿Cómo las armas de la mentira o de la violencia van a acabar con la mentira o la violencia? No, no, no: todo eso es jesuitismo, como lo llamaríais vosotros. Todo es solo lleva a la perpetuación, e incluso al perfeccionamiento. del dominio de Estado y Capital sobre lo que podría vivir. Y sin embargo, nuestra única tarea es negativa, destructiva. Como tú mismo declarabas una vez, en una carta firmada por el movimiento ácrata estudiantil en la que rechazábais participar en la West European Conference de 1965, y que fue reseñada en el titular de un artículo del Daily Telegraph: “Es preciso destruir a España antes de ni siquiera soñar con reconstruirla...” Solución tan elegante como radical a lo que acabaría definiéndose años después como vuestro problemita histórico regional de la Transición. O como se decía en el Manifiesto de la Comuna Antinacionalista Zamorana: “Lo fácil es construir, y a la mano de cualquier sumiso mentecato está; pero destruir es bien

difícil.”

Destruir, dice ella; destruir, dijo él. Pero ¿cómo destruir, cómo socavar el poder de los amos sin recurrir a sus mismas armas? Ocurre algo curioso en la vejez, en esa hora del lobo en que las fechas que ordenan una vida se confunden, y en que se pierden paulatinamente todas las determinaciones del ser adulto. Y es que mientras uno empieza a no saber ya lo que ha sido, aparecen aquí y allá destellos, fogonazos, vislumbres de las cosas que serán. Como si se diera un retorno al estado de huevo primigenio, o como si uno se volviese de nuevo, a medida que envejece, un recién nacido. De todos modos, todo el mundo lo sabe: los recién nacidos parecen viejitos; los viejitos parecen recién nacidos. Así que se sale del huevo, y luego se vuelve al huevo: es inevitable. Por eso el viejo en su lecho de muerte, como el recién nacido abierto enteramente hacia el mañana, ve las cosas que sucederán. Yo veo las cosas que sucederán. Veo que un tal James C. Scott publicará en 1990 un libro importante, que toca directamente a lo que aquí te quiero decir. Scott hablará ahí de las artes de resistencia de los oprimidos, que nunca pueden ser públicas, ni abiertas, ni declaradas como las de los señores del mundo. Son las artes del secreto, del disimulo, del desvío, del sabotaje y del doble juego. Como las técnicas de la capoeira brasileña (de repente me viene este extraño ejemplo como un flash), que para los dueños de las plantaciones aparecen como formando parte de una danza exótica, mientras que para los esclavos son una escuela de lucha. Tú también has sido, toda tu vida, un maestro en este tipo de armas dobles e impuras, armas basadas en el secreto y el disimulo, siendo a la luz del día un erudito catedrático de latín, y en la sombra un rebelde que nunca salió de las asambleas libres del 68, y a quien solo preocupaba extender por todas partes esa rebelión: la rebelión más completa que pueda imaginarse, la rebelión contra la realidad misma.

¿Sabes, Agustín? En esta vida, hay que saber de qué parte se está, y tú lo sabrás tan bien como cualquiera, abandonando cada vez más en tu estilo las sofisticaciones barrocas de tu juventud, y volviéndote cada vez más pueblo, cada vez con menos ideas, cada vez más simple y más cerca de lo simplemente “vivo y palpable”. Lo veo, puedo verlo claramente. Aunque, al mismo tiempo, cada vez hubiese menos pueblo, y

es que el camino popular nunca puede ser masivo, sino siempre minoritario. El pueblo no existe, decías; el pueblo siempre es minoría, decía tu pariente astral José Bergamín. Pero la luz que medra en la noche puede hacer que las sombras se vuelvan más espesas, más densas, más acogedoras.

Yo mismo he practicado esas mismas artes toda mi vida; no he dejado de disimularme a mí mismo, de borrar mis huellas, de mezclar de nuevo las cartas, de practicar de todas las maneras que he podido la falsificación de la realidad. Y no han sido pocas. He sido Ret Marut en Alemania, actor de teatro y revolucionario anarquista editor del periódico subversivo “El ladrillero”, pero también B. Traven en Tampico, México, autor de célebres novelas de aventuras. He sido mecánico, metalúrgico, asistente cinematográfico, indio chiapaneco, y me he llamado, además de Ret Marut y B. Traven, Hal Croves, Richard Maurhut, Traven Torsvan, Goetz Öhly, Otto Feige, Anton Raderscheidt, Wilhelm Scheider, Jacob Torice o John Bright. Una vez escribí: “Solo cuando ya no quede ni un registro, ni un solo documento sobre la faz de la Tierra, seremos libres verdaderamente y para siempre”. Tú lo entendiste perfectamente: tan importante era atacar al Estado y al Capital como atacar a la Persona, al Individuo que cree conocerse y saber quién es. No, Moisés no entra en la tierra prometida... Tampoco Ret Marut ni Agustín García Calvo. Tener muchos nombres, cambiar a menudo de nombre, inventarse nombres colectivos, poner el propio nombre entre interrogantes, es al mismo tiempo volverse anónimo, como disolverse en el pueblo, en el pueblo-que-no-existe. Como hundirse en la verdad, como no ceder del todo a la mentira de la realidad. Ahora mismo lo siento, siento cómo nos hundimos en la verdad... Puedes sentirlo, ¿Agustín?

¿Y al fin y al cabo, qué es un nombre? Ret Marut: extraño nombre, en cualquier lengua que pueda pensarse. ¿Tal vez húngaro? Pero espera, espera, que vuelve a llegarme una visión... Veo un librito amarillo deslucido en el borde, con mi nombre en una esquina, con una mariquita en la otra. Eso es, ya se completa la visión: por sugerencia de tu amigo Luis-Andrés Bredlow, publicarás en tu editora zamorana un libro llamado “La destrucción de nuestro sistema del mundo por la curva de Mar”. La curva de Mar, Ret Marut... ¿La curva de Mar destruye nuestro sistema del mundo, qué

es eso, qué es todo ese galimatías?

Ah, es cierto, había olvidado, ahora empiezo a recordar... Munich, 1920. Sangriento aplastamiento de la república de los consejos obreros... ¡Oh, qué tiempos! Rosa Luxemburgo, Gustav Landauer... Y justo después de esa derrota, perseguido por la policía, escribo y publico en “El ladrillero” ese libelo que es un ataque a las nociones comunes de la física matemática de mi tiempo. Extraño propósito, podría decirse, ¿qué tiene que ver la política con la geometría? Pero ya hubo precedentes. Antes que Ret Marut, hubo un tal Luis Augusto Blanqui, insobornable revolucionario que, como Benjamin decía, fue borrado de la historia porque su mismo nombre ya hacía temblar a la burguesía. Blanqui, en el mismo 1871, año de la Comuna de París, concibió desde la prisión en que permanecería 37 años una hipótesis astronómica, que fue publicada con el nombre de “A la eternidad por los astros”. Oh Blanqui, ¡mi semejante, mi hermano! Tú eres yo. Tú eres un yo, como yo. Yo soy un tú, como tú, yo soy tú. Luis Blanqui, Ret Marut, B. Traven, Agustín García Calvo... Nombres, nombres, ¿qué importa? Nombres, registros, fechas: esas son las armas de los amos.

La curva de Mar es lo que importa. Como el instante de Ut. Esas son las armas que desarman, las armas del pueblo. Mar/Ut: no es el nombre de una persona, sino de una curva, y de un instante. Marut: el nombre tanto de la forma o la dirección de un espacio como de la medida de un tiempo. Se dice la curva de Mar como se dice el teorema de Pitágoras, el triángulo de Pascal o el binomio de Newton. Sin embargo, la curva de Mar no contribuye positivamente al progreso de la ciencia. Como toda arma que desarma, su único propósito es contribuir a que perdamos la fe y las ideas que tenemos, a que seamos menos idénticos con nosotros mismos. Y especialmente, tanto la curva de Mar como el instante de Ut intentan solamente que perdamos nuestra fe en la ciencia, que se volvió en los tiempos progresados, como tú sabes bien, la auténtica fe divina.

La geometría, decía yo en ese libelo, es lo mismo que la teología. El punto no existe, la recta no existe, el triángulo no existe, la esfera tampoco: todo eso son ideas, objetos de fe como Dios, los ángeles y la virgen María. Algo así insinuabas tú también, Agustín, al mostrar que el 1 no existe, que el primer número es el 2, que ya supone

dos ejemplares de lo mismo, y por tanto la posibilidad de contar. Pero todo eso son ideas; en realidad, nada se puede contar, nada se puede medir sin practicar una violencia a lo vivo y lo palpable. Como decía Einstein: “en la medida en que se refieren a la realidad, las proposiciones de la matemática no son seguras y, viceversa, en la medida en que son seguras, no se refieren a la realidad”. Por eso, la presunción moderna de que la naturaleza puede traducirse sin falta en caracteres matemáticos supone una violencia sistemática contra la misma naturaleza, que se expresa claramente en la tecnología que de esa presunción deriva (desde el automóvil a la bomba atómica o la inteligencia artificial). Permíteme, Agustín, un momento de vanidad, en este punto; una vanidad que se compensa con la ausencia de nombre y la gloria anónima y tan discreta de nuestras armas. Pues se dice que en cierta ocasión, el mismo Einstein declaró que si tuviera que escoger, serían las obras de Ret Marut las que se llevaría a una isla desierta. Es decir, ya sin ninguna vanidad: se llevaría la curva de Mar y el instante de Ut.

Volviendo al tema, yo decía en ese libelo que solo existe lo que es imaginable y puede ser imaginado: lo que puede ser trazado a mano alzada, con manos temblorosas, podríamos decir, y no solo concebido inmaculadamente como una idea de la mente. Por eso, en este aspecto, el arte es superior a la ciencia, el arte nos permite acercarnos más a lo vivo y lo palpable. Como la práctica del dibujo en John Berger, que descifra lo visible sin volverlo objeto de teoría, sin volverlo idea. ¿Sabes, Agustín? Cuando yo muera, deseo que mis cenizas sean esparcidas por la selva de Chiapas. Esas cenizas de algo que en su origen no era yo, y que luego dejará de ser yo: las cenizas de un huevo. Pues todo lo que existe en la naturaleza tiene más bien la forma irregular del huevo. La Tierra tiene forma de huevo, el Sol tiene forma de huevo, la Luna tiene forma de huevo, Venus tiene forma de huevo, Sirio tiene forma de huevo... Huevos que proyectan sombra, a diferencia de las esferas matemáticas, como en los eclipses. Sombras que pueden acoger lo vivo. Y bueno, deja que te diga algo más sobre ese tal Berger y su práctica del dibujo, algo más sobre mis cenizas esparcidas por la selva de Chiapas, antes que seguir con los huevos. Pues no soy dueño de mis visiones de recién nacido, y justo en estos momentos veo algo, veo que ese dibujante, ese tal John

Berger, intercambiará algunas cartas con un extraño revolucionario enmascarado, un subcomandante, en que hablará de las bolsas de resistencia contra el neoliberalismo. Bolsas de resistencia que crecen a la sombra de la luz que medra en la noche. Ah, sí, puedo verlo en todo detalle, puedo ver la metamorfosis, la alquimia de la ceniza y la savia, la química del escoldo que prende desde Chiapas el movimiento de rebeldía de los indios anticapitalistas, que se alzan evocando a Zapata.

El huevo es el círculo vivo, el círculo imaginable, que no es un círculo, sino un huevo. Cualquier línea que se trace sobre la superficie de un huevo es una curva de Mar, que no tiene, estrictamente hablando, ni principio ni final, y que no es calculable. Podría decirse, mediante un símil con conceptos antiguos, que su forma se aproxima siempre a la espiral (aunque la espiral, estrictamente hablando, no exista, como tampoco la elipse, ni ningún otro ente matemático). La curva de Mar tampoco forma cuerpos, sino que solo se desliza, tililando o palpitando como las figuras caprichosas de una llama, en la superficie de los cuerpos. Siempre es la misma y constante curva de Mar la que palpita sobre cualquier cuerpo (pues todos los cuerpos tienen forma de huevo), la curva infinita que recorren, en su movimiento, todos los astros, y la que describe cualquier movimiento que yo haga o que haga un animal, cualquier planta al crecer o al mecerse por el viento y cualquier piedra al caer o ser arrojada.

Esto es justo lo que quería decirte, Agustín. La curva de Mar es un arma que desarma, un arma que desarma la fe en la ciencia en el propio terreno de la ciencia y el saber (una fe que, todo sea dicho, en tantas ocasiones, no es compartida con los científicos mismos, al menos por los más honrados entre ellos, como sabes de Einstein). Un arma contra la abstracción espacial de la física matemática como teología progresada. Un arma negativa de lo vivo y lo palpable, de lo químico y lo orgánico. Lo mismo que el instante de Ut, que desarma la fe en el tiempo. Pues el tiempo existe tan poco como los números, el punto o la recta. No hay tiempo porque no hay punto, y no hay punto porque la curva de Mar no puede cortar a otra curva. En el mismo instante en que una curva quisiera encontrar o cortar a otra, las dos ya están continuando a toda prisa su marcha, pasando de largo la una de la otra. Este instante se sitúa entre la infinitud y el lapso de tiempo más breve que se pueda imaginara, y es

lo que yo llamé el segundo de Ut. De igual modo que la curva de Mar no es calculable ni medible en términos espaciales, el instante de Ut tampoco es medible en términos temporales. La curva de Mar es un arma para desarmar nuestras ideas espaciales; el instante de Ut, un arma para desarmar nuestras ideas temporales. Mar-ut. Destrucción de nuestro sistema del mundo. Armas que desarman las ideas, en favor solamente de lo que no puede ser nunca idea, de lo que no tiene nombre, pero aún así es completamente vivo y palpable. La vida palpita según la dirección de la curva de Mar y según el lapso no calculable del segundo de Ut, avanzando a empujones, vibrando, rodando, tambaleándose, girando (aparentemente) sobre su propio eje, sin que nunca sepamos a ciencia cierta si palpitará más hacia la izquierda o hacia la derecha.

Ese fui yo y esas son las armas que forjé, no en vano fui metalúrgico. ¿Que forjé para quién? Para nadie, para cualquiera, para los indios, para los animales, para Einstein, para el pueblo. Armas fabricadas para sabotear la fe en la ciencia, para saborear lo que no tiene nombre. Tú también forjarás armas de este tipo, puedo verlo. Las visiones ya son innumerables, el fin está cerca, puedo sentirlo en mi piel, el huevo está formándose de nuevo, palpitando en múltiples direcciones a la vez, hacia el pasado, el futuro, fundiéndose todas en un presente que se escurre y desliza sin cesar por la superficie del huevo, a una velocidad entre el infinito y la quietud más absoluta que se pueda imaginar, formando extrañas espirales. Siento las visiones, ya no solo con la vista, sino con todos los sentidos a la vez. Múltiples visiones se reflejan y titilan por un momento en la piel del huevo. Y en ellas estás tú, Agustín. Ahí estás, dale que te pego con lo que habla, poniendo el aparato a funcionar y a rodar sin descanso, en tertulias, en artículos, poemas, canciones y obras de teatro, en himnos autonómicos, en conferencias, en la radio nacional, en asambleas del 15M. Hablarás bien, hablabas bien, hablas bien, Agustín... Hablabas bien, pero al mismo tiempo nunca hacías el bien con el lenguaje, sino que lo retorcías: eras zorro y serpiente. Siempre confiando en la capacidad destructiva del lenguaje, como la negación más sutil, la destrucción menos violenta que quepa imaginar. Pero también la más eficaz, la más capaz de dañar el sistema de la muerte en su corazón mismo. ¿Cuándo te creerán los activistas, los activistas que todos somos, cuando nos exasperamos con

tanto filosofar y exigimos que se aborden por fin los problemas concretos? ¿Cuándo entenderán o entenderemos que el activismo máximo que se pueda soñar consiste en negar el orden de la semana, la virginidad de la virgen María o la certeza de la muerte misma (que es el último fundamento del yo y de todo poder)? ¿Cuándo se entenderá que esos son los problemas más concretos que tenemos? ¿Qué hay más concreto que el problema del tiempo o de la muerte?

Tus discursos, enunciados con voz grave y serena, en un estilo al mismo tiempo erudito y popular, elevado y terreno, hacían exactamente eso, en sus mejores momentos: desarmar. El auditor perdía todas las armas que creía tener previamente: nos dejarás sin nada, vacíos. *Fari fiendo*; para ti, el gran arma que desarma es el lenguaje mismo. Ni curva de Mar ni segundo de Ut; sino el lenguaje como acontecimiento de desapropiación. La acción de lo más común, que ni se compra ni se vende. La creación inconsciente de un pueblo. Dejarse hablar por lo que habla en el lenguaje: tus armas eran a veces misteriosas, sin duda. Hay un secreto de la lucha. Dejarse hablar: ese es el arma que desarma, versión Agustín García Calvo. El arma que desarma Estado y Capital, y que llama a la asamblea libre, que llama a la manifestación de un pueblo. *Fari fiendo* de AGC, que mantiene la misma relación con el lenguaje que crea realidad que el segundo de Ut con el tiempo, o la curva de Mar con el espacio. Esas son nuestras armas.

Lo verás en ese dichoso 15M. Un movimiento popular muy de tu estilo, que hoy día parece que nunca existió. Lo que bulle por debajo de la historia. *Fari fiendo*. ¿Por qué murió el 15M? Malísima pregunta, que ya cree saber la respuesta. Tú y yo sabemos, Agustín, que cuando ocurre algo así, lo único que cabe es alegrarse. Alegrarse serenamente: ahí tenemos una prueba de que la realidad no es tan perfecta como pretende ser. Aunque sin duda, cada vez lo vaya siendo más. Pero si en algún momento algo como el 15M o la Comuna de París o los Consejos de Baviera o los movimientos de estudiantes dejan de ocurrir, es porque no somos capaces de mantener el *fari fiendo*, no somos capaces de actuar sin coordenadas, siguiendo solo el movimiento espiraloide de la curva de Mar, en el contratiempo del segundo de Ut. Lo normal, en cualquier caso, es que nada más ocurra que lo que debe ocurrir. No hay por

qué amargarse por ello: es lo normal. No hay por qué ser optimistas o pesimistas, albergar desesperanza o esperanza. Sin duda, esto es humano. Pero como decías, o dirás, o dices, en tu Sermón de ser y de no ser, maldita falta que hace que el hombre sea hombre. Podría ser, tal vez, otras cosas. Podría no tener los límites que tiene, podría no estar separado de las otras cosas; porque no lo está. Si no fuera por el lenguaje. El secreto de la lucha, poner el lenguaje a funcionar contra sí mismo, la razón a indeterminar en lugar de a determinar, para tocar algo que no es lenguaje: algo, el algo, lo vivo y lo palpable, la corriente que llamamos “vida” con un nombre que no es un nombre, que es el nombre de lo innombrable, y que solo sirve porque indica algo que se opone a la abstracción, a la muerte. Algo que no sabemos si existe, pero tampoco tenemos la certeza de que no exista.

Pero para eso, para poner el lenguaje a funcionar contra sí mismo, había que hablar, hablar de todo, había que razonar y el corazón tenía que pasar por la razón, volver a expresarse desde la razón misma. Teníamos que cruzar de nuevo el río del pensamiento. Había que pasar por lo abstracto, pasar todas las cosas por ahí, para mostrar que esas supuestas cosas no son cosas, sino realidades ideales. Llevar esas realidades ideales a los límites de ellas mismas, llevar la determinación al infinito para que en un instante de *Ut* se produzca la resurrección del algo originario, del huevo irregular e indeterminado de la vida. Sí, esa será tu palabra: resurrección. Como en el libro de Tolstoi. Hay algo tolstoiano en ti, como vuestras tumbas, que son tan semejantes. “La tumba más hermosa del mundo”, dijo alguien sobre la de Tolstoi; ambas muy hermosas. Mis cenizas serán esparcidas por la selva de Chiapas, pero vuestras tumbas serán muy hermosas. Son tan hermosas porque no tienen losa.

En algunos pueblos indígenas se considera que tener a los muertos cerca es algo favorable, pues los muertos son como las raíces de lo que somos. Por eso cuelgan los huesos de los muertos en cestas que guardan en casa. Los muertos dan poder a los vivos. Nuestras raíces son nuestros sueños. Pero en la cultura occidental, es como si se temiese a los muertos, por eso se les coloca una losa bien pesada encima, como si se quisiese que no molestasen a los vivos, como si se temiese que si fuesen enterrados sin esa losa volverían como muertos vivientes para devorar a los vivos. Oh, veo esas

manos de zombis del cine que emergen de la tierra: neurosis occidental. Miedo a la muerte, que es un miedo a la vida, y que es un miedo a los muertos. Pero vuestras tumbas son tan hermosas porque devuelven la muerte a la vida. Vivan los muertos: ese es el grito de la rebelión, dirás tú. Alimentarse de los muertos, comérselos para que alimenten a los vivos, dirás tú, Agustín, lejano seguidor de la antropofagia. Comerse a los muertos, asimilar su poder, interiorizar sus armas que desarman; segundo de Ut, curva de Mar, fari fiendo de AGC. Eso es lo que nos piden los muertos, lo que os pedimos cortésmente Agustín y yo. Se escribió una vez, vete a saber con qué nombre: “Algunos muertos están más vivos que los vivos”. Solo que no son personas ni individuos. Son armas, armas de los de abajo, armas que desarman. Estas son nuestras armas.

Nada más que decir por ahora, Agustín. Salud.